

Marek Raczkiewicz*

San Dámaso University, Madrid (España)

LA “ECOLOGÍA” EN EL PENSAMIENTO DE LOS PADRES DE LA IGLESIA

Resumen: Hablar de la “ecología” en los Padres de la Iglesia es hablar de la teología de la creación. En el siglo II, la Iglesia tuvo que enfrentarse a las corrientes, internas y externas, que veían el origen del mal en lo creado, en la materia, en el cuerpo. Son obras de un demiurgo imperfecto identificado con el Dios del Antiguo Testamento. Los autores cristianos como Ireneo argumentan que todo lo creado viene y es querido libremente por Dios. Las tres Personas de la Trinidad dejaron su impronta en la creación. Pero la vocación de la creación no consiste en jugar un papel pasivo, pues participa activamente en la historia de la salvación. El pan y el vino, las primicias de la creación, se convierten en el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo. El cristiano, por tanto, debe cuidar de la creación que le habla del dinamismo trinitario, anima a aspirar a la santidad y comparte con él el camino a la salvación.

Palabras claves: creación, Papa Francisco, “Laudato si”, Ireneo.

El Papa Francisco recordó en su encíclica “Laudato si” las intervenciones de sus antecesores sobre la “casa común” que es la creación. Juan Pablo II ya en su primera encíclica “advirtió que el ser humano parece ‘no percibir otros significados de su ambiente natural, sino solamente aquellos que sirven a los fines de un uso inmediato y consumo’” (Francisco, 2015, 5). A lo largo de su pontificado llamó a una “conversión ecológica global”. Al mismo tiempo “hizo notar que se pone poco empeño para salvaguardar las condiciones morales de una auténtica *ecología humana*”.

“La destrucción del ambiente humano es algo muy serio, porque Dios no sólo le encomendó el mundo al ser humano, sino que su propia vida es un don que debe ser protegido de diversas formas de degradación. Toda pretensión de cuidar y mejorar el mundo supone cambios profundos en «los estilos de vida, los modelos de producción y de consumo, las estructuras consolidadas de poder que rigen hoy la sociedad». El auténtico desarrollo humano posee un carácter moral y supone el

pleno respeto a la persona humana, pero también debe prestar atención al mundo natural y «tener en cuenta la naturaleza de cada ser y su mutua conexión en un sistema ordenado». Por lo tanto, la capacidad de transformar la realidad que tiene el ser humano debe desarrollarse sobre la base de la donación originaria de las cosas por parte de Dios” (Francisco, 2015, 5).

A algunos lectores de la “*Laudato si*” les causaron una cierta sorpresa las palabras del Patriarca Ecuménico Bartolomé citadas por el Papa Francisco en la encíclica. Pero hay que reconocer que el “Patriarca verde” (cf. Chryssavgis, 2012; 2015) había dedicado ya varios escritos o mensajes al tema del cuidado de la creación y a los pecados contra la naturaleza¹. Porque “un crimen contra la naturaleza es un crimen contra nosotros mismos y un pecado contra Dios” (Francisco, 2015, 8). Bartolomé se preguntó por las raíces éticas y espirituales de los problemas ambientales de nuestros días. Más que buscar soluciones en la técnica o tecnología cada vez más sofisticada habría que buscarlas en un cambio del ser humano.

“Los cristianos, además, estamos llamados a aceptar el mundo como sacramento de comunión, como modo de compartir con Dios y con el prójimo en una escala global. Es nuestra humilde convicción que lo divino y lo humano se encuentran en el más pequeño detalle contenido en los vestidos sin costuras de la creación de Dios, hasta en el último grano de polvo de nuestro planeta” (Francisco 2015, 9).

La percepción del mundo como “sacramento de comunión” o un lugar donde “lo divino y lo humano se encuentran en el más pequeño detalle” nos remite a la primitiva teología cristiana sobre la creación. No es posible, en esta breve intervención, abordar la aportación de todos los Padres de la Iglesia. Nos centraremos en el pensamiento de San Ireneo de Lyon, ilustre representante de la tradición asiática de la época patristica². ¿Por qué hemos elegido a un autor del siglo II? Porque pertenece al verdadero siglo de oro de la época patristica. Es aquí donde nace la teología cristiana, la antropología, la exegesis... Varios grupos, ortodoxos y heterodoxos, comentan los mismos pasajes bíblicos que describen la creación del mundo o del hombre pero sus interpretaciones difieren radicalmente e incluso se contraponen. La tradición asiática sorprende con su visión de la creación del mundo y del hombre, del valor de la carne y de la

¹ “Que los seres humanos destruyan la diversidad biológica en la creación divina; que los seres humanos degraden la integridad de la tierra y contribuyan al cambio climático, desnudando la tierra de sus bosques naturales o destruyendo sus zonas húmedas; que los seres humanos contaminen las aguas, el suelo, el aire. Todos estos son pecados”, (Francisco, 2015, 8).

² Más sobre las tres tradiciones patristicas (asiática, alejandrina, africana), cf. A. Orbe, 1969, 543–570.

materia. El mundo creado no sólo habla de su Creador sino también lleva en sus entrañas un proyecto singular, una vocación a realizar. El hombre es responsable de la creación ya que ambos comparten del mismo destino. Aquí habría que buscar los elementos de la “ecología” patristica.

Este mundo, ¿fue creado por Dios?

Todos, según San Ireneo, aceptaban la existencia de un Dios Creador. Y cuando decimos “todos” nos referimos al mundo pagano, a los judíos y a los grupos heterodoxos del cristianismo. Todos los hombres coincidían precisamente en esto, como podemos leer en *Adversus Hareses* (= AH) II, 9:

“Que Dios es el Demiurgo del mundo, consta aun por los muchos modos con los cuales quienes lo atacan, de hecho lo confiesan, cuando lo llaman Demiurgo y Ángel; por no hablar de las Escrituras que en todas partes lo aclaman, y del Señor, quien predicó al Padre que está en los cielos (Mt 5,16.45; 6,1.9) y a ningún otro, como expondremos adelante. Baste por ahora el testimonio de los mismos que nos contradicen, que concuerda en el fondo con el de todos los seres humanos: con el de los antepasados que desde el primer hombre conservaron por tradición esta convicción cantando al único Dios Demiurgo del cielo y de la tierra; con el de todos los que han venido después, a quienes los profetas les recordaron esta verdad sobre Dios; en fin con el de los gentiles, que lo han aprendido de la creación. Pues la creación misma manifiesta a aquel que la hizo: la hechura sugiere al que la fabricó, y el mundo muestra al que lo ordenó. La Iglesia extendida por toda la tierra ha recibido esta Tradición de los Apóstoles”³.

Ya la creación misma manifiesta la existencia de un Creador: “la hechura sugiere al que la fabricó, y el mundo muestra al que lo ordenó”. Esta verdad transmitida desde Adán, custodiada por los profetas y aprendida por los paganos ha sido finalmente transmitida a la Iglesia por la tradición apostólica.

Sin embargo, este consenso desaparecía cuando surgía la pregunta por el origen del mal. “Hubo cristianos, los gnósticos, que compartieron el malestar que la filosofía de aquella época experimentaba ante un mundo marcado por la deficiencia, el mal y el sufrimiento en todas sus formas. La cuestión sobre el origen del mal se confundía con la pregunta sobre el origen de la materia, que obstaculizaba al hombre el desarrollo de sus capacidades espirituales” (Calvo, 2004, 11). En el siglo II hay numerosos cristianos que se vuelven gnósticos o los gnósticos que aspiran a ser los verdaderos cristianos. Para muchos de ellos el

³ Traducción de C. I. González, *San Ireneo de Lyon, Contra los herejes*, CEM, México DF 2000.

bautismo eclesiástico es un punto de partida hacia una culminación. Es una liberación de las ataduras de la materia, una salida de la cárcel. Efectivamente, el gnóstico se siente en este mundo como un “extranjero solitario, desprotegido, incomprendido e incapaz de comprender, en una situación llena de peligros” (Jonas, 2000, 84). Lo expresa muy bien Teódoto, un gnóstico de la escuela valentiniana oriental, de quien nos ha transmitido unos extractos, mezclados con sus propias anotaciones, Clemente de Alejandría:

“Ahora bien, no es sólo la inmersión bautismal lo que salva, sino el conocimiento: quiénes éramos, qué hemos devenido; dónde estábamos, dónde hemos sido arrojados; hacia dónde nos apresuramos, de dónde somos redimidos; qué es la generación, qué la regeneración” (Montserrat, II, 1983, 386–387).

Este breve párrafo resume, en forma catequética, los grandes interrogantes del gnosticismo. Su respuesta es la gnosis salvadora. El esquema de las preguntas cubre toda la historia humana trascendente. Una de las características de la gnosis es su tajante contraposición al mundo, a este cosmos material radicalmente alejado del mundo divino o espiritual:

“Jesús dijo: El que ha conocido al mundo ha encontrado un cadáver. Y el que ha encontrado un cadáver el mundo no es digno de él” (Evangelio de Tomás 84).

Conocer al mundo, desde la perspectiva gnóstica, es captar su carácter material, carnal, corrupto, perecedero. Es una cárcel que se caracteriza por el error, la maldad, la deficiencia, la falsedad. El gnóstico no sólo encuentra lo que le permite reconocerse espiritual, divino sino, a la par, lo que es su contrapartida. Este mundo, por lo tanto, no es digno del que lo ha reconocido como alienación, pobreza o vacío. “Esos sentimientos se acompañaban de otros como añoranza, delatora de que el ‘yo’ más íntimo de tales hombres no pertenecía a este mundo material sino a la esfera de lo divino, de la que cayeron para quedar atrapados en un mundo y en un cuerpo materiales” (Calvo, 2004, 12; cf. Trevijano, 2001, 245–312). El conocimiento de su estado, de su verdadero “yo” divino, le permite al gnóstico liberarse de este mundo material y retornar al lugar de donde procede. Dios no puede salvar la materia porque sería un contrasentido. Este mundo será totalmente aniquilado.

El pensamiento de Marción es menos refinado y revela un rechazo del Creador del Antiguo Testamento distinto del Dios bueno y misericordioso del Nuevo Testamento anunciado por Jesucristo. La doctrina de Marción supone una radicalización del paulinismo con ciertos influjos de la teología gnóstica. Ambos dioses no son compatibles, por lo que el Antiguo Testamento no puede ser aceptado como documento digno de fe. Lo auténtico y genuino de Jesús se

expresa sólo en las cartas de Pablo y el evangelio de Lucas, e incluso estos textos habrían sido contaminados por los judaizantes. Una vez que el peso de la ley no tiene ningún poder sobre los creyentes, lo único que surge es un agradecimiento ante esta bondad de Dios que se expresa en una moral más elevada, tanto en un estricto ascetismo, de renuncia a la materia, como un rechazo de las riquezas y una abstención del matrimonio y la procreación, para que no perdure el mundo malo del Dios Creador. El propio Jesús, para anunciar este perdón y amor de Dios, no necesitaría sino revestirse de un cuerpo aparente. Vino a salvar a las almas del Demiurgo y del mundo creado por él y condenado a su total destrucción (cf. Moll, 2014, 71–106).

Finalmente, esta actitud negativa hacia la creación material se dio también entre algunos eclesiásticos. Sin llegar a rechazar al Creador, según el testimonio de San Ireneo, negaron la resurrección de la carne y afirmaron que “este mismo mundo en que habitamos era el infierno” (AH V,31,2). El obispo de Lyon los considera ingenuos y falsos creyentes.

Dios creador de todas las cosas

Si los gnósticos y los seguidores de Marción afirmaban una radical distinción entre el Dios Creador y el Dios Padre anunciado por Jesucristo, para Ireneo no existe más que un único Dios, el Creador. Además, este Dios Creador es Padre, Hijo y Espíritu y cada uno de ellos deja su propia impronta en la creación, aunque siempre se trata de la actuación de un único Dios. En la obra de la creación se revela el misterio del Dios cristiano. Dios Padre crea por medio del Verbo y del Espíritu que son sus manos.

“He aquí la demostración [de esta doctrina]: que hay un solo Dios, Padre, increado, invisible, creador del universo; ni por encima de Él ni después de Él existe otros Dios; que Dios es racional y por esto todos los seres fueron creados por medio del Verbo; y Dios es Espíritu, y con el Espíritu lo dispuso todo, según dice el profeta: ‘Por la palabra del Señor fueron establecidos los cielos, y por obra de su Espíritu todas las potencias’ (Sal 32, 6). Ahora bien, ya que el Verbo establece, es decir, crea y otorga la consistencia a cuanto es, allí donde el Espíritu pone en orden y en forma la múltiple variedad de las potencias, justa y convenientemente el Verbo es denominado Hijo, y el Espíritu, Sabiduría de Dios. A este propósito el apóstol Pablo dice: ‘Un solo Dios Padre, que está por encima de todo, con todo y en todos nosotros’ (Ef 4, 6). Por ‘sobre todas las cosas’ está el Padre, pero ‘con todo’ está el Hijo, puesto que por su medio el Padre ha creado el universo; y ‘en todos nosotros’ está el Espíritu que grita ‘Abbá’ (Padre) y ha plasmado el hombre a semejanza de Dios. Así pues, el Espíritu muestra al Verbo; a su vez los profetas anunciaron al Hijo de Dios; mas el Verbo lleva consigo el

Espíritu, y así es Él quien comunica a los profetas el mensaje y eleva al hombre hasta el Padre” (Ireneo, 1992, 60–62).

Existe una sola economía de la salvación que tiene al Padre como autor, al Hijo como ejecutor y salvador y al Espíritu como fuerza que ordena, embellece, lleva a la plenitud lo creado y don saludable (cf. Grego, 1989, 469–483; Benats, 2006, 266–278). Esta economía se desarrolla según un doble movimiento de ida y vuelta. Al mismo tiempo es única en los tres momentos en los que Dios viene hacia nosotros: la creación, la redención, la santificación. Así se pone de manifiesto la unidad de un solo Dios en el Padre, el Hijo y el Espíritu. Esta misma economía se eleva desde el Espíritu hacia el Padre por Cristo para nuestra salvación. Pero esta “sinfonía de la salvación” (cf. AH IV,20,7) se desarrolla en el mundo creado, en la historia.

A través de un amplio examen, que constituye el principal objetivo de su “demostración por medio de las Escrituras”, Ireneo demuestra que tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento afirman de igual manera la existencia de un mismo y único Dios. Esta es la regla de la exégesis de la Iglesia que él recibe del “presbítero, discípulo de los apóstoles”. Dos Testamentos que proceden de un mismo y único Dios, que es quien ha concedido el uno y el otro. Este punto es tan importante que constituye, frente a los gnósticos y a los seguidores de Marción, el fundamento de toda su argumentación basada en las Escrituras: en su opinión, no hay más pruebas en las Escrituras que la concordancia de los dos testamentos. Le resulta fácil, por ejemplo, comparar a este respecto, Dt 6,4, la confesión del Dios único, con los textos de Mt 19, 17 – cuando Jesús dice al joven rico: “Sólo uno es bueno”; Jn 17,3 y 1 Co 8,6. Cristo ha venido a revelar los secretos de Dios, que no es otro Dios que aquel de quien él es Hijo (Mt 11,27; Jn 1,18). Ambos testamentos afirman armónicamente que el mundo ha salido de las manos del Creador, es bueno y querido por Dios.

Fijémonos en un detalle más. Cuando el Verbo, es decir el Hijo, formaba el cosmos, la Sabiduría, es decir el Espíritu, estaba con él, y ella (la Sabiduría) confería armonía a lo que el Hijo formaba.

“La actividad creadora del Espíritu aparece vinculada al dinamismo (*uirtus*, *dýnamis*: Sal 32, 6) y a la armonía (*aptans*: Pr 8, 27–31). Por ello, cuando Ireneo quiere individuar la acción del Espíritu respecto a la del Hijo, recurre a un vocabulario que expresa el dinamismo que consume cualitativamente las realidades creadas al hacerlas crecer, configurarlas, disponerlas u organizarlas, conferirles cohesión y armonía y embellecerlas, en correspondencia con lo específico de la personalidad del Espíritu Santo: ‘La planta de vid metida en tierra da fruto a su tiempo, y el grano de trigo caído en tierra y deshecho se levanta múltiple merced al Espíritu de Dios que a todo da cohesión, y luego pasan a uso

de los hombres mediante la Sabiduría” (Calvo, 2004, 43–44; cf. Carcione, 1995, 89–90).

Según Ireneo, también este mundo nuestro fue creado por Dios, y en el mundo, el hombre. No sólo el hombre está llamado a la plenitud. También el mundo recibe su vocación de parte del Creador.

La vocación del mundo creado

Las tres personas divinas muestran su eficacia en todas las obras de la creación: el Padre es quien crea la sustancia o materia; el Verbo le da forma y consistencia, como paradigma de todas las especies creadas; el Espíritu Santo imprime en todas ellas el dinamismo que las consume y adorna en orden a su ejercicio. Esta economía se cumple igualmente en el hombre que está llamado a crecer, madurar y llegar a su plenitud (cf. Orbe, 1987, 103–125; 1988, 629–661). Para San Ireneo, el cosmos creado no es una realidad acabada, encerrada en sí, estática, pasiva. Todo lo contrario. El libro del Génesis no solo describe la obra creadora tal como Dios la realizó sino además encierra en sí una profecía sobre su acabamiento al final de la historia. Lo mismo podemos afirmar de la plasmación del hombre. En la protología ya está presente la escatología. Por tanto, hay que comprender el mundo creado, el cosmos, no sólo a la luz de lo que ha sido y ahora es, sino también a la luz de lo que está llamado a ser (Calvo, 2004, 51).

“Efectivamente, según los días que tardó en hacerse el mundo, serán los milenios que tarde en ser consumado. Y por eso dice la Escritura del Génesis (2, 1-2): ‘Y fueron consumados el cielo y la tierra, y todo su ornato. Y consumó Dios en el día sexto todas las obras que hizo, y descansó en el día séptimo, de todas las obras que había hecho’. Lo cual es justamente una declaración de lo hecho antes – el modo como hizo – y una profecía de lo venidero. Pues el ‘Día del Señor es como mil años (cf. 2 P 3,8; Sal 89, 4)’, y en seis días se consumaron las creaturas, su consumación, salta a la vista, es el año seis mil” (AH V,28,3).

Ireneo descubre en el versículo de Gn 2, 1-2, la narración sintética de las obras hechas por Dios y la profecía, también en síntesis, de las futuras. El Santo no indica en qué se funda para su *narratio/prophetia* pero podemos adivinarlo fácilmente. En el texto bíblico ve dos expresiones que no considera sinónimos: una cosa es el “hacer” (ποιειν) y otra “consumar” o “llevar a término” (συντελειν). Sin salir del texto de Moisés (Gn 2,2), podía Ireneo contraponer obras “hechas”, faltas de consumación, a “consumadas”. Entre la hechura primera y la consu-

mación, un espíritu penetrante intercala, con tránsito de los seis días primeros a los “seis días del Señor”, la historia del hombre en el mundo. Por eso, según Ireneo, el Génesis no sólo narra la creación primera o de qué manera Dios lo había hecho sino además contiene una profecía sobre el futuro, sobre la consumación del cosmos. El acabamiento (συντέλεια) de la obra creadora necesita de tiempo: “Según los días que tardó en hacerse el mundo, serán los milenios que tarde en ser consumado”. Siguiendo una tradición anterior y presente en otros autores cristianos, Ireneo considera que el mundo necesitará seis mil años, puesto que el “día del Señor es como mil años”, para ser consumado. “Seis días del Señor” para el acabamiento y consumación del cosmos. “Más allá de la anécdota de seis mil años, Ireneo expresa una idea de fondo muy característica de su pensamiento: la creación material requiere del tiempo, de la historia, para acabar de hacerse, sobre todo en atención al hombre, necesitado de crecer y madurar para alcanzar la visión de Dios” (Calvo, 2004, 52; cf. Orbe, 1988, 202).

En AH III, 3,8, Ireneo pone de manifiesto la diferencia entre el Creador y lo creado: “Las cosas creadas son diferentes de aquel que las creó, y las cosas hechas, de su Hacedor”. El Creador es “increado”, “no tiene principio ni fin”, no tiene necesidad de nadie”, “no carece de nada”, “se basta a sí mismo, y “da a todos los demás seres la existencia”. En cambio, cuanto fue por él creado, tuvo un “principio”. Y “las cosas que tuvieron un comienzo, pueden un día desaparecer”, porque están sujetas y necesitadas de su Creador, aunque por voluntad de Dios pueden permanecer a lo largo del tiempo:

“Sólo Dios, el Señor de todas las cosas, no tiene principio ni fin, y es el único que permanece siendo el mismo para siempre. Todas las cosas que de él provienen, que ha creado y sigue creando, tienen un principio y generación, y por este motivo son inferiores a aquel que las ha hecho, porque no son increadas; sino que duran y permanecen en el tiempo según la voluntad del Dios Creador: así como al principio les concede comenzar a existir, así después les concede el ser” (AH II,34,2; cf. Fantino, 1994, 318–319).

Sólo Dios es siempre el mismo e increado, perfecto, es todo Luz, todo intelecto, todo substancia y fuente de todos los bienes. Las cosas creadas por él, puesto que comenzaron a existir después, son inferiores a su Autor, sin su perfección. Resultan infantiles, y según que son infantiles, resultan asimismo faltos de uso y poco ejercitados a una disciplina perfecta (cf. AH IV,38,1). Las criaturas materiales, que reciben inicio, tiempos medios, crecen y aumentan, se van haciendo en el tiempo. Dependen del Creador y lo necesitan. Comprender esta radical distinción entre Dios y la creación es fundamental hasta para los que tienen poca inteligencia. “Solo al que hizo todas las cosas con su Palabra, se le

llama Dios y Señor. En cuanto a las criaturas, no son capaces de llamarse con estos nombres, ni pueden con justicia adjudicarse un título que pertenece sólo al Creador” (AH III,8,3).

“Al mostrar las diferencias entre el Creador y la criatura se ha percibido que el cosmos no sale de las Manos de Dios acabado sino dispuesto para un itinerario de crecimiento. Dios ha querido el cosmos tal cual es, material y temporal, pero abierto hacia un designio o, si se quiere, inserto en una economía para que alcance una plenitud que ahora no tiene” (Calvo, 2004, 54). Según Ireneo: “Este cosmos fue hecho *αποτελεσματικως*” (AH II,28,3). Este término, un *hapax* en Ireneo, indica dos dimensiones de la creación: por un lado, está sometida a las leyes de la materia, del espacio y del tiempo, pero por otra parte indica su vocación a crecer, a alcanzar una plenitud que aún no tiene. Dios crea lo material y pasajero en vista a una economía de salvación. El Padre “ha decidido la naturaleza de todas las cosas y en orden a la economía” (AH II,35,4). Es decir, este mundo creado está llamado a ser testigo de una economía de salvación y, podríamos decir, a ser su protagonista, aunque secundario. El mundo o creación sensible está consagrado al hombre. Su razón de ser descansa en la economía del cuerpo humano. El hombre fue plasmado como niño para ir creciendo y madurando en libertad entre las realidades materiales y temporales. Se trata de una educación cuyo objetivo es alcanzar la inmortalidad e incorruptibilidad. Y es por lo que la creación está al servicio del hombre, “pues no fue hecho el hombre para la creación, sino ésta para el hombre” (AH V,29,1)⁴.

Sin embargo, el mundo creado no es simplemente el lugar y el tiempo de la educación, formación y capacitación del hombre. Hay más. Dios se vale de sus criaturas materiales y temporales para llevar a cabo su economía de salvación: usa su propia creación para la salvación del hombre, para conferirles la vida propia de Dios.

“Economía de tal naturaleza no la llevaba a cabo por medio de ajenas creaciones, sino de las suyas propias; ni por frutos de ignorancia o penuria, sino por sustancias provenientes de la sabiduría y poder del Padre. En efecto, no es injusto que codicie cosas ajenas, ni indigente que no vivifique a los suyos propios con lo suyo, como quien emplea a propia creación para la salud del hombre. ¿Le hubiera sostenido una creación, producto de ignorancia y penuria?” (AH V,18,1).

Ireneo hace estas afirmaciones al presentar al Hijo hecho hombre, al Hijo hecho criatura, colgado en la realidad creada de la cruz, sostenida por la creación que, a su vez, es llevada por el Padre. Dios salva al hombre usando el lenguaje

⁴ Más sobre el proceso de la maduración y acostumbramiento cf. M. Namikawa Kiyota, *Paciencia para madurar: „acostumbrar” para la comunión en San Ireneo de Lyon*, Madrid 2014.

de su creación material. Además, Jesús, durante la Última Cena, no se limitó a ofrecer a Dios unas ofrendas materiales como signo del agradecimiento debido al Creador sino las transformó en su Cuerpo y Sangre.

“A sus mismos discípulos aconsejábales ofrecieran a Dios las primicias de sus creaturas; no como a indigente, sino para que no fueran, ellos, estériles y desagradecidos. Tomó pues el pan venido de la creación, y dio gracias diciendo: ‘Esto es mi cuerpo’. Parecidamente, al cáliz, que proviene de la creación nuestra, lo confesó Sangre suya. Y enseñó la nueva oblación del Nuevo Testamento. La cual recibe a Iglesia de los Apóstoles y se la ofrece a Dios en el universo mundo; al Dios Creador que nos otorga los alimentos; como primicias de sus dones en el Nuevo Testamento” (AH IV,17,5).

Ireneo sabe que sus adversarios también enseñaban la oblación del Cuerpo y Sangre de Cristo. Pero se trataba de una oblación no material. Según los herejes la oblación del Nuevo Testamento no podía tener por sujeto de origen las primicias de la creación material. Para San Ireneo es importante *ex qua* de la nueva oblación, las primicias de la creación entera. Cristo tomó el pan procedente de la creación y lo proclamó Cuerpo suyo. Lo mismo hizo con el vino procedente de la creación y lo proclamó Sangre suya. Aquí se manifiesta la gran novedad del sacrificio de la Iglesia: el pan y el vino, tras la invocación del Espíritu, ya no son pan y vino comunes sino Eucaristía. En ella lo que surge de la tierra es abrazado por lo que baja del cielo para que el pan y el vino se conviertan realmente en el Cuerpo y la Sangre de Cristo. De pan y vino terrenos pasan a Cuerpo y Sangre también materiales de Cristo. Al ofrecerse Cristo, en Cuerpo y Sangre, al Padre, le ofrece la creación entera, representada en sus primicias. Eleva a la materia con la nueva oblación a las alturas de la ofrenda misma del Cuerpo y Sangre materiales de Cristo. Ninguna mejor oblación ni más universal del hombre al Creador, ni del Hijo al Padre. Aquí la creación ha alcanzado su plenitud, ha llegado a ser Cuerpo y Sangre de Cristo. Y así la Iglesia, a lo largo de la historia y en el mundo entero, perpetúa no sólo el ofrecimiento de las primicias de la creación material sino también el sacrificio de la Carne y la Sangre de Cristo, la oblación del Cuerpo glorioso de Cristo, prenda y garantía de la plenitud a la que toda la creación está llamada (cf. Blas, 2014).

La creación se inserta así en la economía de la salvación, pues ésta se lleva a cabo con ayuda de la creación y para la creación, no a pesar de ella. La economía de la salvación es el designio global de la creación y la salvación, orientado a Cristo, el Verbo encarnado, mediador de Dios y de los hombres, para que toda la creación alcance la plenitud a la que el Padre la destinó.

“Pues por ser los hombres verdaderos, conviene sea también verdadera su implantación; y que, lejos de caer en lo insubsistente, progresen en el ser. En efecto, no desaparece el substrato ni la materia de la creación – verdadero y firme como es quien la estableció –, sino que (1 Cor 7,31) pasa la figura de este mundo, a saber del sustrato y materia en que tuvo lugar la transgresión, pues en ellos envejeció el hombre. Presciente Dios de todo, hizo la figura actual sujeta al tiempo [...]. Una vez que pase esta figura y se renueve el hombre y madure para la incorruptela, de suerte que ya no pueda envejecer (Is 65,17), habrá un cielo nuevo y una tierra nueva, en los que perseverará el hombre nuevo, conversando siempre novedades con Dios” (AH V,36,1).

A modo de conclusión

El cristiano no puede ni debe concebir el cosmos como una especie de inmensa cárcel, como lo hacen los gnósticos ayer y hoy. Si tal fuera, sólo cabría anhelar ser liberados de ella, escapar del cosmos, escapar del mundo. Por el contrario, el mundo creado es el hogar que Dios, en su bondad, amor y gratuidad, ha regalado al hombre y ha querido compartir con él. El Verbo, que siempre estuvo en el mundo, al hacerse carne “vino a lo suyo” (Jn 1,11). El hogar es ámbito de familia donde se hace posible crecer y madurar derramando confianza, esperanza y amor.

Dios Padre creó, con la ayuda del Hijo y del Espíritu Santo, sus Manos, no caos sino cosmos, no “desorden” sino “orden”. El resultado fue un mundo cargado de sentido (Logos) y lleno de dinamismo (Espíritu Santo). El Verbo le da forma y lo hace *logikós*, el Espíritu lo lleva a su acabamiento, lo lanza hacia el futuro. La creación sale de las Manos de Dios abierta a la soberanía salvífica de Dios. El mundo creado está también llamado a la salvación.

El mundo material, por tanto, no es un obstáculo para la salvación. Tampoco se le puede tratar como una especie de gran almacén del que el hombre se sirve para poder vivir. Ni siquiera puede ser reducido a un escenario donde acontece la salvación de Dios. El mundo creado es mediador y objeto de salvación. Tiene una orientación cristológica y pneumatológica.

Como hogar de salvación no permanece ajeno a la suerte de los que lo habitan. La libertad del hombre, sus elecciones y decisiones, no resultan inofensivas para la creación. Sin entrar en detalle, Ireneo señala que el mundo se vio y se ve afectado por la desobediencia originaria y por los pecados de los hombres. No explica en qué consiste la naturaleza de esa solidaridad del cosmos con el pecado del hombre, pero afirma que supuso deterioro, ruptura, rebeldía ante los afanes del hombre y servidumbre que le obstaculiza desarrollarse

según su dinamismo originario. Los pecados del hombre violentan la naturaleza de la creación.

“Hemos crecido – afirma el Papa Francisco – pensando que éramos sus propietarios y dominadores, autorizados a expoliarla. La violencia que hay en el corazón humano, herido por el pecado, también se manifiesta en los síntomas de enfermedad que advertimos en el suelo, en el agua, en el aire y en los seres vivientes. Por eso, entre los pobres más abandonados y maltratados, está nuestra oprimida y devastada tierra, que ‘gime y sufre dolores de parto’ (Rm 8,22). Olvidamos que nosotros mismos somos tierra (cf. Gn 2,7). Nuestro propio cuerpo está constituido por los elementos del planeta, su aire es el que nos da el aliento y su agua nos vivifica y restaura” (Francisco, 2015, 2).

Por tanto, nosotros, los cristianos, no podemos ser miopes contemplando el mundo creado y tratarlo como un almacén que usamos y frecuentemente abusamos de él. Según el pensamiento de los primeros teólogos, “el cosmos es el hogar; y el hogar se cuida, no simplemente por una ética ecológica, sino porque con él se comparte, aunque cada cual en atención a su naturaleza, un destino salvífico. El cosmos, con su sentido y su dinamismo, con su hablar trinitario, con su vocación, no enajena ni aleja de Dios, sino que nos invita a vivir en santidad, en coherencia con el destino que compartimos, un destino que no se puede comprender sin la gracia que siempre nos precede y nos culmina” (Calvo, 2004, 89–90).

Bibliografía

- Benats Bart, 2006, *Il ritmo trinitario della verità*, Roma.
- Blas Pastor Joaquín, 2014, *Deo nutriente. Hermenéutica de las imágenes conviviales en la teología de Ireneo de Lyon: de la creación al milenio*, Madrid.
- Calvo Juan J., 2004, *La promesa del Cosmos*, Madrid.
- Carcione Filippo, 1995, *La creazione e l'uomo in Ireneo*, en: *Dizionario di Spiritualità Biblico-Patristica* 11, Roma, 89–90.
- Chryssavgis John, 2021, *On Earth as in Heaven: Ecological Vision and Initiatives of Ecumenical Patriarch Bartholomew*, New York.
- Chryssavgis John, 2015, *Patriarca Ecueménico Bartolomé y del Medio Natural: El Simposio Mississippi*, en *EcoJesuit* 15 de abril 2015, in: *EcoJesuit* [online], acceso: 20.04.2019, <<https://www.ecojesuit.com/patriarca-ecumenico-bartolome-y-del-medio-natural-el-simposio-mississippi/?lang=es>>.
- Fantino Jacques, 1994, *La théologie de Saint Irénée*, Paris.
- Francisco, 2015, Encíclica *Laudato si*, en: *The Holy See* [online], acceso: 20.04.2020, <http://www.vatican.va/content/francesco/es/encyclicals/documents/papa-francesco_20150524_enciclica-laudato-si.html>.

- Grego Igino, 1989, *Le “due mani di Dio” nella storia della salvezza negli scritti di Ireneo di Lione*, Asprenas 36, pp. 469–483.
- Ireneo de Lyon, 1992, *Demostración de la predicación apostólica*, trad. E. Romero Pose, Madrid.
- Ireneo de Lyon, 2000, *Contra los herejes*, trad. C. I. González, CEM, México DF.
- Jonas Hans, 2000, *La religión gnóstica. El mensaje del Dios extraño y los comienzos del cristianismo*, Madrid.
- Moll Sebastian, 2014, Marción. *El primer hereje*, Salamanca.
- Montserrat Torrents Jose, 1983, *Los gnósticos*, II, Gredos, Madrid.
- Namikawa, Kiyota Miyako, 2014, *Paciencia para madurar: „acostumbrar” para la comunión en San Ireneo de Lyon*, Madrid.
- Orbe Antonio, 1969, *La Patristica y el progreso de la teología*, Gregorianum 50, pp. 543–570.
- Orbe Antonio, 1987, *Del hombre imperfecto al perfecto en San Ireneo*, en: *Crescita dell’uomo nella Catechesi dei Padri (Età Prenicena)*, a cura di S. Felici, LAS-Roma, pp. 103–125.
- Orbe Antonio, 1988, *Deus facit, homo fit. Un axioma de San Ireneo*, Gregorianum, 69, pp. 629–661.
- Orbe Antonio, 1988, *Introducción a la teología de los siglos II y III*, Roma–Salamanca.
- Trevijano Ramon, 2001, *La Biblia en el cristianismo antiguo*, Estella.

„Ekologia” w myśli Ojców Kościoła

Streszczenie: Mówić o „ekologii” u Ojców Kościoła, to mówić o teologii stworzenia. W II w. Kościół musi stawić czoła trendom, zewnętrznym i wewnętrznym, na podstawie których stworzenie, materię, ciało uznaje się za źródło zła i a ich pochodzenie sytuuje się od niedoskonałego demiurga lub Boga Starego Testamentu, który nie jest miłosiernym Ojcem Jezusa. Tacy pisarze jak św. Ireneusz udowadniają, że wszystko, także świat materialny, zostało stworzone przez Boga, jest przez niego chciane i kochane. Każda z Boskich Osób wycisnęła swoje piętno w świecie stworzonym. Ireneusz podkreśla w swoich pismach, że świat stworzony jest nie tylko biernym uczestnikiem historii zbawienia, ale także bierze w niej aktywny i dynamiczny udział: otrzymał od Stwórcy powołanie, które realizuje się stopniowo w historii. Jego pierwociny, tj. chleb i wino, stają się Ciałem i Krwią Jezusa Chrystusa. Chrześcijanin jest więc zobowiązany, aby troszczyć się o stworzenie, które przypomina nam o jego trynitarnym dynamizmie, zachęca nas do życia w świętości i dzieli z człowiekiem drogę ku zbawieniu. Świat stworzony jest domem, o który nieustannie należy się troszczyć. Przypomniął o tym, a także o odpowiedzialności człowieka za stworzenie papież Franciszek w encyklice *Laudato si’*.

Słowa kluczowe: stworzenie, Ireneusz, papież Franciszek, *Laudato si’*.

“Ecology” in the thought of the Church Fathers

Summary: To speak of “ecology” among the Fathers of the Church is to speak of the theology of creation. In the second century, the Church has to face trends, both external and internal, which regard creation, matter, and body as the source of evil and deriving from an imperfect demiurge or the God of the Old Testament, who is not the merciful Father of Jesus. Writers like St. Irenaeus prove that everything, including the material world, was created by God, is wanted and loved by God. Each of the divine Persons has left its mark on the created world. Irenaeus emphasizes in his writings that the created world is not only a passive participant in the history of salvation, but also takes an

active and dynamic part in it: he received from the Creator a vocation that is gradually realized in history. His first fruits, i.e. bread and wine, become the Body and Blood of Jesus Christ. The Christian is therefore obliged to care for a creature that reminds us of its Trinitarian dynamism, encourages us to live in holiness and shares with man the path to salvation. The created world is a home that needs constant care. He recalled this, as well as the responsibility of man for the creation of Pope Francis in the encyclical "Laudato si".

Key words: creation, Irenaeus, Pope Francis, "Laudato si".